

la posteridad, contemplar sus ruinas con respeto, que eran la sagrada tumba de millares de héroes, ante la que enlutado se levantara el gigantesco génio de la fama imponiendo silencio y admiracion al universo.

Es preciso nutrirse en las ideas del honor, para que alimentada el alma con su sávia esté siempre dispuesta á hechos que ennoblecen.

El honor de las armas, el honor del estandarte á que se ha jurado fidelidad, siempre debe dejarse bien puesto aun en los casos más desgraciados de la guerra; que nunca el cieno de la deshonra empañe la enseña que confía la patria en manos del soldado: que él es el responsable ante la nacion de guardar el más valioso tesoro que posee, aquel que á tan alto grado eleva las reputaciones: *el honor*. Esa virtud grande y heróica inspira hechos tan sublimes que el espíritu humano se abisma en su contemplacion, como la mirada en el fondo infinito de los cielos.

El culto que se debe á esa palabra que yo evoco es indiscutible, y más aun cuando se trata de la noble y valiente clase militar.

---

## IX.

---

### DEBER.

La instruccion, la moralidad, la disciplina, el honor, el valor, la abnegacion, todo se refunde en una palabra sola, breve, sencilla, inflexible en el dominio que tiene sobre el espíritu: *deber*. Y siendo el deber militar el conjunto de mil obligaciones que llevan al soldado hasta el triunfo ó hasta el martirio, no sería posible tratar de él en un solo artículo, y por eso he derramado las ideas relativas en todas mis conversaciones.

Para el cumplimiento del deber es forzoso instruirse en las obligaciones que impone, es necesario no degradar el alma en la prostitucion, es fuerza nutrirse en la subordinacion que él demanda, es indispensable el valor para afrontar los peligros, es necesaria la honra, y más que todo, precisa templar el espíritu en el fuego de la abnegacion, con lo que se so-

porta y se supera cuanto se halla en la esfera de lo posible.

El deber militar es el más imperioso de los deberes, porque exige grandes cualidades á quien se obliga á cumplirlo: á su voz calla hasta la voz misma de la humanidad; en las aras del deber hay que hacer el sacrificio de todas las comodidades y de todos los tiernos sentimientos.

Así se vé con cierto sobrecogimiento al gran patricio romano Lucio Bruto, que sentencia á muerte y manda ejecutar á sus dos hijos por haber conspirado contra la patria, teniendo que destrozar su corazón de padre para cumplir como probo magistrado con las leyes que le imponían tan doloroso deber.

El deber no cede; siempre exige la rectitud en todos los actos del servicio, en todas las circunstancias de la guerra; su simple cumplimiento no es una acción que merezca larga recompensa; más siempre se hace justicia siempre se encomia al que lleno de entera desemeña constante el que le corresponde, por eso el mayor elogio que se puede hacer de un militar, es decir que está sin descanso esclavizado al deber. Expresando esto se manifiesta

que es conocedor de todas sus grandes y penosas obligaciones, y que las cumple con fidelidad. Que no basta saber como se ejecuta el servicio y conocer las virtudes militares; lo que enaltece es hacer exactamente lo debido. Hay oficiales instruidos en todo, pero que jamás practican nada; y estos seres sin pundonor, indolentes ó acomodaticios, son peores mil veces que el ignorante que hace lo poco que está á su alcance.

La falta al cumplimiento del deber, hace despreciable á cualquier hombre en todas las condiciones en que pueda hallarse, y lo perjudica demostrando su ineptitud. Muy especialmente sucede esto en un soldado, porque el soldado sirve á los sagrados intereses de la patria, conforme á las leyes; y él desde que sienta plaza en el ejército, protesta solemnemente ante el emblema nacional cumplir su cometido; y falta á su honra si no lo hace, traicionando ignominiosamente á la fé jurada; ofende á las leyes que infringe, y huella los intereses de su país, marchitando así su dignidad, con lo queda nulificado y sin esperanza de abrirse paso en la profesion que adopta. En vano sería brillar por cualidades mil, si el hombre

sin respeto á sus deberes, infama lo que de biera darle gloria. En vano Alcibiades, que nació en Atenas 450 años ántes de nuestra era, con gran talento é instruccion notable dirigida por Pericles y por Sócrates, fué consumado político y hábil, activo y valiente general; toda su grandeza se oscureció con sus faltas y al fin fué muerto miserablemente, sin que la posteridad tenga sinceras alabanzas para él.

Y el cumple, aunque sea una medianía lleva consigo la consideracion de cuantos le rodean. El célebre escritor Lorenzo Sterne, ha dicho que si alguna vez el hombre tiene derecho de envanecerse, es cuando *obra como debe*. Y es que la conciencia del deber satisface indudablemente, tranquiliza y eleva.

Hay veces que el deber lleva al hombre hasta el más alto grado de heroismo, y entonces sí es merecedor de la admiracion y de la gloria. El pasado nos presenta la bella y severa figura de Arístides como el más noble y perfecto tipo del deber. Los historiadores han ensalzado siempre á ese célebre general ateniense, y los griegos le levantaron estátuas y dedicaron fiestas para honrar su memoria,

que vívida fulgura despues de veinticuatro centurias.

El romano Marco Caton, más adusto tal vez que Arístides, pero menos desinteresado, es por algunas cualidades otro modelo digno de imitarse.

X.

## FIDELIDAD.

Al tratar de la fidelidad, mil ejemplos bellísimos se amontonan á la memoria, estremeciendo con el recuerdo de su franca nobleza los resortes del corazón del soldado, que debido á esa cualidad ha visto llevar á cabo sacrificios conmovedores, tan grandes, cuanto que han nacido de la más desinteresada generosidad que puede albergar el espíritu del hombre. ¿Mas para qué citar ejemplos de esta cualidad que seguramente todo militar de honor comprende y anhela poseer? Solo el ingrato ó el traidor querrá apartarse de ella; pero no me dirijo á esa escoria, que debiera segregarse como foco de corrupción de la humanidad, y como miembro podrido del ejército. No me dirijo á esos seres tan abyectos, cuyo castigo está en el desprecio universal con que son mirados: el ingrato no puede

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

comprender el lenguaje de la fidelidad, porque el ingrato mal puede ser susceptible de un sentimiento leal, decidido y desinteresado, cuando que como la vívora, muerde dejando su ponzoña en la mano que le acaricia, burlando infame la bondad del que lo protege; el traidor, que se cubra la faz cuando oiga la noble palabra que con respeto evoco....

Me dirijo á oficiales dignos, cuyas ideas creo interpretar esta vez al hablar de un asunto que entraña cualidades de que en lo general han dado pruebas.

La fidelidad militar es la honrosa lealtad á la causa que se defiende, la observancia de la fé jurada á la bandera á cuyo pié se filia el soldado cubriéndose con su ropaje; enseña de la patria en que se nace, emblema del honor de la nacion. La fidelidad, es la adhesion, el afecto digno, desinteresado del hombre para con su patria, para con su jefe, para con su amigo: la constancia, la abnegacion, la firmeza en ese afecto. La fidelidad en el servicio, es la más puntual exactitud en ejecutarlo con celo, con integridad y sin descanso. La fidelidad en la palabra, es el más escrupuloso cumplimiento de ella; motivo por lo que es

preciso ofrecer siempre aquello que puede y debe cumplirse, decir lo que se sabe que es verdad; haciéndose así el hombre respetable, empezando por respetarse á sí mismo, al no evidenciar su persona.

El soldado fiel, pues, es el que sin abandonar sus banderas las defiende hasta el último trance, es el adicto con constancia inquebrantable, el puntualmente celoso en el desempeño de sus comisiones, el honrado, el leal, el incapaz de la traicion, de la ingratitud, de la mentira.

La fidelidad en todas las condiciones de la vida es bellísima, y en la carrera militar importa un deber que siempre es grato cumplir á las almas leales. Su nobleza no necesita elogio, porque se recomienda presentando su belleza ante el espíritu de los valientes, ante el espíritu de los soldados, en donde parece que se anida por simpatía y donde es recibida como la luz por la mirada que vaga en la oscuridad. No necesita elogio, porque se recomienda con elocuencia irresistible para las almas que no habiéndose arrastrado en la más baja degradacion, escuchan aún la voz del sentimiento y del honor.

## XI.

### DISCRECION.

Todo soldado debe necesariamente ser discreto y con mayor razon cuando está investido de algun mando, por pequeño que este sea.

Por discrecion no solo comprende la moderacion en los actos más ó menos insignificantes de la vida, el discernimiento en las cosas que no tienen trascendencias, el sosiego en las cuestiones de poca monta, el ocultar el disgusto que algun hecho trivial causa. Todo esto es lo de menos importancia; aunque en los diversos casos que se presentan, mejor es reprimir la violencia, dejando lugar á que la razon bien aconseje al ánimo; pero en lo que esencialmente precisa ser discreto, es en las disposiciones que pueden entrañar una injusticia ó acarrear una desgracia; en los asuntos trascendentales de la guerra, que es el elemento

del soldado y la que lo hace descender ó elevarse gloriosamente.

Combatir sin reflexionar las circunstancias en que se encuentra la tropa amiga y la enemiga, sin tomar en consideracion la propiedad del terreno para las armas que deben manio-brar, y sin aprovechar las ventajas que la anticipacion ó el retardo pudieran traer, es una indiscrecion incalificable. Atacar al enemigo solo por arrebató de vanidad, ó con el objeto de acallar murmuraciones de algunos maliciosos ó ignorantes que ni son responsables del resultado, ni pueden ser envueltos en el desprestigio que alcance al superior, es una delinciente imprudencia tambien. A más de la reputacion propia, á más de la vida, es menester tener siempre fijo el pensamiento en los intereses que emanan del que manda, en la utilidad de la causa á que se sirve. Cuando el hombre solo expone su persona y sus intereses, es dueño hasta cierto punto de dar rienda suelta á sus deseos; pero cuando dependen de él otros hombres y otros intereses, es criminal su indiscrecion en el obrar.

Es preciso tener presente que en casos tan graves, todo error por pequeño que sea pro-

duce amargos resultados. Mas no por un exceso de prudencia rechazaría yo nunca un golpe de audacia; pero que esa audacia pese en la balanza de una madura reflexion todos los azares, que sea iluminada por la luz de la razon en sus preparativos, y que no de una manera salvaje se lance á oscuras con peligro de estrellarse en su primer arranque.

La audacia en la guerra, es propia de los hombres de genio; pero no es que ellos, solo por una inspiracion inconsiderada, emprendan fantásticas empresas; que el águila ántes de lanzar su vuelo, medidas tiene sus fuerzas para levantarlo, y así esos hombres, abrazando con talento y con saber toda una situacion con su mirada, computan con rapidez el tiempo, el modo y la oportunidad de batir al enemigo con ventaja, y como un proyectil, caen sobre su punto débil, que de antemano habian previsto. Siempre, pues, son guiados por el sano criterio de sus concepciones, que son veloces como el relámpago que en instantes ilumina el firmamento.

Esos *bien pensados* golpes de audacia, valiéndome de una frase de Setani, "espantan como el trueno y hieren como el rayo."

Mil ejemplos de esta verdad hay en las campañas de Napoleon I. Con una razonada y previsorá audacia preparó la renombrada victoria de Marengo; calculó las distancias, el tiempo preciso para recorrerlas y la manera de vencer los obstáculos que supuso debía encontrar para la realizacion de sus proyectos admirables: sin que el enemigo pudiera siquiera figurarlo, atravieza las encumbradas y escabrosas cordilleras de San Bernardo, con un ejército numeroso que llevaba consiguientemente sus pesados trenes; hace pasar luego con rapidez de una manera ingeniosa, la artillería frente al inespugnable fuerte de Baro que ocupaba el enemigo; y adelantándose en las llanuras, coloca con admiracion de sus contrarios, á su ejército donde era más conveniente, sin que pudieran ellos darse cuenta de esos audaces movimientos, que á haber sido adivinados, imposible hubiera sido su ejecucion y segura la derrota de los franceses. Despues, aconsejándose de la prudencia, no se lanza al combate decisivo, sino que retrocede en el nuevo frente que habia tomado, batiéndose por doce horas consecutivas hasta llegar al punto que era necesario para consumir el

triunfo; y una vez allí, fué la victoria. Siendo la consecuencia de esa sola batalla, por el lugar y circunstancias en que se libró, el poner otra vez bajo el influjo de Francia á la Lombardía, al Piamonte y á la Liguria, con doce fortalezas que defendian esos países.

En los asuntos político-militares, más de una vez se pudo admirar la discrecion de Napoleon, aunque esa cualidad no lo acompañó con constancia, motivo por lo que se desplomó ese inmenso titan, rotándose su figura colossal en la enhiesta roca de Santa Elena.

Otra vez al hablar de lo inconveniente que es hacer alarde de una susceptibilidad exagerada en la honra, cité la muy discreta conducta de Temístocles, que al ser amenazado por el baston de Euribiades, cuando trataban del modo de combatir al enemigo comun, no se alarmó, y sosegadamente lo hizo convenir en que se desarrollase el plan de batalla que le proponía para salvar á Grecia, el cual se adoptó dando un feliz resultado, que no se hubiera obtenido si la prudencia hubiera faltado al ateniense en un lance en que su disgusto, separando á las tropas griegas al frente de las



contrarias, hubiera ocasionado la ruina de ellas y la esclavitud de su país.

La cualidad, pues, de ser discreto, es indispensable, y muy especialmente cuando se trata de asuntos que envuelven intereses sagrados, confiados al buen juicio, al valor y á la honra del soldado.

Algun escritor entendido ha dicho que "Las resoluciones inconsideradas exponen á amargos arrepentimientos."

Concluyo con decir, que el tomar una pronta resolucion no significa siempre falta de prudencia, sino viveza de pensamiento; y á quien pronto y bien piensa, excusada le está la tardanza en largas reflexiones; más cuando no haya esa facilidad para discernir, necesario es madurar con tiempo las ideas. Hay accidentes que no dan lugar á detenerse en pensar lo que se debe hacer, pues se pierde en ese caso lo más preciso que es la oportunidad, y por esa razon, un militar en campaña debe estudiar siempre las distintas situaciones en que se encuentre, suponer lo que puede sobrevenir, y de antemano resolver como debe portarse. Así, aunque el caso no

llegue, ejercita su inteligencia, la dilata en el ancho campo de las mil hipótesis que se forja, ilustrándola con ellas para más discretamente obrar en un momento dado.

---